

## **PARTIDOS POLITICOS: UNA NUEVA FORMA DE INSTITUCIONALIDAD**

*Dr. Alvaro Montero Mejía*  
Partido Socialista

Muy buenas noches. Quiero comenzar dando las gracias a la Facultad de Ciencias Sociales y a la Unidad Coordinadora de Investigación, que con el fin de conmemorar el aniversario del nacimiento de un gran costarricense, Omar Dengo, decidieron organizar estas mesas redondas.

No es casual que sea la Universidad, el lugar donde es posible realizar estos debates. Digo que no es casual, porque desgraciadamente para los costarricenses, los partidos políticos y los medios de comunicación dejaron desde hace muchos años de ser un instrumento para la confrontación y la discusión de las ideas. Y no me refiero a las ideas en abstracto, a las grandes teorías que de manera más o menos significativa gravitan en el mundo. Me refiero a las ideas políticas traducidas al lenguaje vernáculo, a las ideas políticas en función de una interpretación de la realidad de nuestro país, a las ideas políticas como medios, como instrumentos, como herramientas, para comprender e interpretar la realidad de Costa Rica y buscar consecuentemente cómo y de qué manera transformarla.

Juzgo que estas mesas redondas no pretenden tener un carácter estrictamente académico, sino que, en el mejor sentido de la palabra, tienen también una orientación práctica. Pues intentan desarrollar una conciencia lúcida sobre los grandes problemas que afronta nuestro país. Consecuentemente, sirven para discutir sobre la forma en que ven la crisis, los problemas y los retos de nuestra nación, quienes de alguna manera somos intérpretes de nuestra realidad y presuntos responsables de planes o propuestas de cambios sociales.

Creo que la exposición del Dr. Manuel Rojas B., evidencia precisamente eso: un deseo de beber en las fuentes de la realidad social de Costa Rica. Sin menoscabo del rigor intelectual de los científicos, por supuesto, quiero decirle que algunas de sus observaciones yo no las comparto y que serían motivo de un amplio debate. Pero no se trata aquí únicamente de tomar puntualmente algu-

nas de las concepciones expuestas por el Dr. Rojas, sino de centrar nuestra preocupación en el tema que se nos encomienda. Después, si hay oportunidad, expresaré algunas de estas divergencias.

Los partidos políticos, como ustedes saben bien, son el resultado del proceso de desarrollo de una nueva forma de institucionalidad, que nace con el desarrollo del sistema capitalista. Desde el primer momento, una de las premisas fundamentales del capitalismo naciente, era procurar un mayor grado de libertad y una mayor eficacia en la manifestación de las concepciones políticas de los ciudadanos más activos de la sociedad. Es decir, de la clase social cuyo protagonismo al frente de las principales decisiones económicas y del Estado, la convertiría en conductora indiscutible del nuevo régimen social.

Así aparece el sufragio, como el principal instrumento de legitimación del poder político. Ya no es la herencia o la imposición por una supuesta decisión divina, a través de la cual los monarcas eran ungidos o bendecidos como jefes o conductores por los Estados, sino el poder político como resultado de la delegación libre de los ciudadanos. La representación del poder no es el resultado de nacimientos fortuitos o designaciones arbitrarias, sino que se establece la premisa de que el poder político surge del pueblo. De modo que la única forma de cuantificar la voluntad que nace del pueblo es midiéndola, escrutándola, pues no existe otra. Y la forma más eficaz de medir esa voluntad masiva, es permitiendo que se exprese de una manera individual. Por eso el procedimiento usual fue el sufragio con todas sus variantes. Pues no se vaya a creer que este instrumento político surgió desde un principio dotado de todas las garantías y de la amplitud que al menos en teoría se le reconoce hoy.

El sufragio como procedimiento político, ha sufrido históricamente enormes modificaciones. Pues no significa que no existieran formas de sufragar incluso en las sociedades anteriores al capitalismo. En las sociedades esclavistas de Grecia y Roma, se desarrollaron distintas formas de consulta que son las precursoras de los métodos de sufragio universal. Pero el desarrollo de la institucionalidad democrático-burguesa y la aparición de los parlamentos, exigen el desarrollo de mecanismos que nosotros conocemos con el nombre de procesos electorales. Surgen entonces los partidos como agrupaciones con el propósito de sumar voluntades en procura de los resultados propuestos en los mecanismos de sufragio y con el fin principalísimo de ascender al gobierno.

Desde luego insisto, en que estos procedimientos han sufrido enormes cambios, no solamente en cuanto al tipo de las organizaciones, sino también en relación con los derechos derivados del ejercicio del sufragio. En algunos casos, originalmente estuvieron vinculados a la posesión de determinados números de bienes, de una cierta forma de riqueza con lo que se le reservaba a determinados sectores y clases sociales. Más aún, incluso en nuestro país, el sufragio históricamente fue un derecho reservado a los varones. No fue sino después de la guerra civil de 1948, y este elemento a veces se olvida o se desconoce, que aparece plenamente garantizado el derecho de la mujer al voto.

Es decir, la mujer no era en el sentido aristotélico un zoon políticón, sino que era un cero a la izquierda, un elemento que no contaba en absoluto para definir, para decidir, para ser tomado en consideración a la hora de iniciar y concluir esos procesos. Desde ese momento hasta hoy, las modificaciones a nivel de la conciencia universal, aunque no a nivel de la realidad, han sido profundas.

Ya no se trata solamente de saber si la mujer vota o si pueden votar solo los ricos. Es que las concepciones más avanzadas en relación con el sufragio, exigen además de una garantía formal o de una libertad escrita o garantizada de palabra para todos los ciudadanos, de mecanismos REALES que perfeccionen los medios, los instrumentos, la forma concreta de emisión de la voluntad y la posibilidad irrestricta de que esta voluntad se forje en un proceso de elevación de la conciencia cívica de los ciudadanos.

Ayer, precisamente participaba en una mesa redonda en la Universidad de Costa Rica, a propósito de los procesos electorales y los medios de comunicación, y allí señalábamos con insistencia como el control monopolizado de los medios de comunicación, de los instrumentos, de las herramientas para formar la conciencia, la ideología de las personas, juega un papel decisivo en los procesos electorales. Incluso como desgraciadamente son una forma de perversión de los procesos electorales. Porque en la actualidad ya no se emplean los viejos métodos según los cuales entre el político y su auditorio mediaba una especie de diálogo directo representado por el discurso o la comunicación personal. Hoy en día han desaparecido los procedimientos de la persuasión basados en la necesaria relación humana entre los expositores o promotores de una idea política y su auditorio. Sin embargo, yo no quiero aparecer aquí defendiendo la visión nostálgica de un pasado ya ido y de métodos o procedimientos políticos que no necesariamente fueron mejores. Marco la diferencia para insistir en el carácter de los procesos electorales de nuestros días, los que son manejados como procesos eminentemente mercantiles, donde lo que se utiliza como método para llamar a los votantes, no es la persuasión, la interlocución directa, sino eso que se denomina "MARKETING" en el lenguaje de los publicistas. Se trata de un procedimiento eminentemente mercantil, donde los individuos no son ciudadanos conscientes que votan y por medio del voto deciden, sino entes abstractos, cuya conciencia sobre la política o la sociedad no interesa para nada. Para el "MARKETING", los votantes son simples consumidores electorales, del mismo modo que hay consumidores de licores, de cigarrillos, de pastas dentales o de jabones. Con ellos se utiliza exactamente el mismo procedimiento que utilizan las empresas publicitarias cuando quieren inducir al público al consumo de determinados artículos. Juegan con las imágenes, con los sonidos, con la música, con las formas, con los elementos puramente visuales. El factor intelectual, el factor ideológico, el factor de formación cívica queda completamente marginado.

Los procesos de desarrollo de los partidos políticos llevan también, junto a la discusión en torno a si son solamente maquinarias para sumar votos y propiciar el triunfo de una determinada tesis, de un determinado programa de gobierno, incluido el debate sobre las concepciones que del mundo y de la sociedad que tienen aquellos grupos o clases sociales que se sirven de ellos.

Evidentemente, no existe ningún partido político al margen del propósito fundamental de ascender al poder político. En las democracias liberales como la nuestra, es relativamente simple entender que los sectores económicamente más poderosos han sabido con una gran maestría valerse de los partidos políticos, de la herramienta electoral, como un instrumento de legitimación de intereses egoístas o como un medio de garantizarle el poder a un determinado grupo social. Sin embargo, en América Latina el desarrollo de las instituciones políticas ha estado muy lejos de ser un proceso lineal u ordenado de acuerdo con las reglas del juego de la democracia liberal y representativa. Sabemos que durante decenios, se han alternado distintas formas de Estado, entre las que ha tenido pri-

macía la dictadura militar. Incluso en los casos de democracias representativas formales, el poder de los ejércitos, al servicio de las oligarquías o peor aún, de fuerzas transnacionales, ha sido incontrastable. Allí la democracia cumple el papel de fachada de un régimen opresor, autoritario y explotador. En estos países, el monopolio de la violencia no ha salido nunca de las manos de grupos sociales dominantes. Estas reflexiones son importantes en la medida en que resultaría inadecuado o engañoso, circunscribir la noción de democracia a elementos puramente formales o decidir que hay democracia porque se cumple el requisito de unas elecciones, aunque se produzcan bajo el terror militar o aunque la participación quede de hecho monopolizada por grupos minoritarios pero económicamente poderosos.

Cabe señalar, que la actividad de los partidos políticos no queda siempre y necesariamente circunscrita a fuerzas que solo representan intereses sociales dominantes. La vida dentro de las grandes agrupaciones político-electoral no se da sin contradicciones, sin enfrentamientos entre quienes inspiran posiciones progresistas o posiciones conservadoras. Asimismo, surgen agrupaciones partidarias que proclaman de manera definida la defensa de grupos sociales determinados o que no ocultan su carácter y sus propósitos transformadores. En todo caso, la actividad de los partidos políticos no puede ser juzgada de manera simple, sin apreciar las fuerzas, intenciones o intereses que se mueven en su interior o más aún, sin apreciarlos en su desarrollo histórico. Pues algunos partidos, como es el caso de Costa Rica, han cumplido en determinadas épocas un papel relevante y positivo en los cambios sociales y políticos democráticos, aunque hayan terminado convertidos en maquinarias electoreras, completamente lavados de toda vocación patriótica, popular y progresista.

Pero no solo los partidos en los que el factor oligárquico o capitalista ha sido dominante, han sufrido regresiones. También los partidos llamados populares o revolucionarios han sido víctimas de corrientes o situaciones que han mellado su filosofía transformadora. En otras oportunidades hemos insistido en estos cambios y hemos desarrollado la crítica pertinente.

En sentido general, podemos decir que estas organizaciones tienen básicamente dos dimensiones: una dimensión ideológica de la que no puede prescindir ninguna organización política y una dimensión práctica, o sea, cuál es el propósito real con el que aspiran al poder o el propósito real que los anima una vez que lo han alcanzado.

En este sentido, partiendo de los enunciados ideológicos y de las aspiraciones reales en el uso de los instrumentos políticos, económicos y sociales derivados del poder político, podemos distinguir toda una gama de organizaciones. Sin embargo, hay dos vías fundamentales para definir el carácter de las organizaciones políticas así como se nos presentan hoy. En primer lugar, tenemos aquellas cuyo propósito fundamental es transformar la sociedad en un sentido positivo y aquellas cuyo propósito fundamental es consolidar lo establecido.

Ustedes dirán, que esta es una manera maniquea o subjetiva de juzgar. Pero no es así. Explicaré brevemente. Ninguno de nosotros ha escogido ni el país, ni el lugar, ni la época, ni la clase social a la que pertenece. Cuando venimos al mundo, encontramos un sinnúmero de realidades sociales que han sido construidas por las generaciones precedentes y que constituyen el marco nacional y universal de todas las referencias humanas con que nos movemos. Estas referencias cambian sin ce-

sar. En todos los continentes se producen luchas, enfrentamientos, revoluciones; los hombres debaten en todos los foros imaginables a propósito de la organización social más apropiada, del régimen más apropiado para alcanzar determinadas metas de justicia o desarrollo económico. Los pueblos más pobres o más débiles no constituyen hoy una masa amorfa sin conducción ni propósitos. Los pueblos desean ser actores, constructores, tomar en sus manos su propio destino. Esta es marcha penosa y no es solamente retórico decir que para vencer deben enfrentarse a la oposición obstinada de aquellos que hasta hoy han hecho del mundo un lugar pleno de desigualdades e injusticias. Esta búsqueda intensa en la que participan tantos hombres y tantos pueblos, no queda circunscrita a la política. En la ciencia, en la técnica, en la cultura o en el arte, nuestro mundo de hoy no parece conocer barreras aunque también en esos campos existen aquellos que los conciben reservados a minorías privilegiadas o a naciones imperiales. El mundo se encuentra en un momento particularmente intenso de revolución y de transformación en todos los órdenes. Por eso podemos legítimamente preguntarnos, ¿hacia dónde marcha la humanidad?, y la respuesta estará dada por el cúmulo de las aspiraciones legítimas de los pueblos. Por eso no es maniqueo decir que en sentido general existen organizaciones y partidos políticos cuya tarea principal es el mantenimiento del orden establecido y el de otros, procurar por distintos medios que esa realidad cambie. ¿Puede alguien demostrar racionalmente que aquellos que disponen de las más importantes riquezas materiales dentro de una sociedad; que disponen como dueños de los logros más importantes del trabajo, de la ciencia, de la técnica o de la cultura; que disponen del poder político, de las instituciones del Estado y que monopolizan los principales medios de comunicación, estarían dispuestos a cruzarse de brazos y a esperar que los pueblos tomen por sí mismos decisiones justicieras? Naturalmente en una sociedad democrática, el sentido más elemental de supervivencia, los impulsa a construir y a controlar los partidos políticos más importantes y a lograr a través de ellos, la representación de toda la sociedad.

Pero naturalmente también, no harán evidentes sus propósitos conservadores. Con los medios de propaganda a su servicio divulgarán propósitos muy generales de cambio social, sin que de ningún modo se pongan en peligro las bases sobre las que sustentan su hegemonía. Por eso decimos, que en lo fundamental, se puede hablar de la existencia de dos tipos de partidos políticos, sin que esto signifique una simplificación abusiva de la realidad.

Pero además es legítimo que nos preguntemos hacia dónde marcha la humanidad. Todas las conquistas hasta hoy alcanzadas, tienen el signo de una mayor igualdad entre los hombres y los pueblos, de un reparto mejor de todo el esfuerzo creador, material y espiritual, de los seres humanos. La humanidad no marcha hacia la esclavitud, ni marcha hacia el colonialismo, ni marcha hacia el imperialismo, ni marcha hacia las desigualdades, ni hacia la explotación o la violación sistemática de los derechos humanos. La humanidad marcha hacia la independencia de los pueblos; marcha hacia la autodeterminación. La humanidad marcha hacia formas más plenas de soberanía, de democracia y de libertad.

Hoy tenemos un marco de definiciones mucho más preciso y claro que antes, a propósito de las grandes reivindicaciones históricas de los pueblos. Hace apenas cincuenta años, el mapa del mundo distinguía entre países desarrollados y colonialistas y pueblos subordinados o colonizados. La misma América Latina frente a los grandes retos, como el reto de su deuda externa, no se plantea hoy los problemas de la misma manera como se los planteaba al inicio de los años 60. En aque-

llos años, con contadas excepciones, nuestros países se alineaban en la OEA y en la ONU, bajo la égida de los Estados Unidos. Por eso cuando los Estados Unidos dispusieron que Cuba, como resultado de su Revolución, era un país al que había que separar, aislar y bloquear, para matarlo por hambre y obligarlo a doblegarse, todos los países del Continente, con la honrosa excepción de México, aprobaron en el seno de la OEA aquella ominosa determinación imperial. Del mismo modo se había cumplido pocos años antes, en 1954, la condena y prácticamente la decisión de invadir y liquidar por la fuerza, el proceso de transformación y revolución social en Guatemala.

Esa situación es irrepetible hoy. Hoy la OEA tiene otro carácter y no es porque necesariamente nuestros pueblos sean más libres, o porque la sociedad latinoamericana se haya hecho más democrática, sino simplemente porque ningún gobierno puede poner oídos sordos a las grandes demandas y aspiraciones de los pueblos. Porque la humanidad en su conjunto se ha hecho más sensible a estas demandas y nadie, salvo los más oscurantistas, desea aparecer del lado de los intervencionistas o de los agresores. Este estado de conciencia es también un logro de la humanidad combatiente; de la conciencia forjada en torno a la lucha de Vietnam, de Cuba, de Angola o de Nicaragua. Pero además, muchas de esas reivindicaciones resultan necesarias, inclusive, para importantes grupos o clases sociales privilegiadas y para la mayor parte de los gobiernos, que sufren las consecuencias de la deuda externa, del intercambio desigual, de la discriminación comercial, así como de las presiones e imposiciones de los organismos financieros internacionales.

El nivel de los planteamientos y las demandas mismas, se han modificado. La humanidad avanza hacia formas de colaboración superiores y los pueblos del Tercer Mundo luchan unidos por el desarrollo de un nuevo orden económico internacional. Es evidente que este es uno de los grandes clamores en el mundo contemporáneo. Porque si para todas las corrientes humanistas se plantea como un propósito acuciante, la sobrevivencia del género humano y en primer lugar la paz, resulta a todas luces inviable una humanidad donde la tercera parte de ella, vive en la pobreza y en la miseria más extrema. Es inviable una humanidad donde todos los días mueren decenas de miles de niños, por situaciones perfectamente previsibles o una América Latina donde todos los años fallecen de enfermedades curables cerca de 800 mil niños, de los cuales un enorme porcentaje podría ser salvado con la aplicación de sencillos medios profilácticos o de métodos económicos de medicina preventiva.

Sencillamente, es inviable una humanidad donde su quinta parte más rica concentra más de las tres cuartas partes de toda la renta mundial. Una humanidad así, resulta incompatible con las premisas de colaboración, fraternidad e igualdad de oportunidades para todos los pueblos y para todos los hombres, a que aspira el mundo contemporáneo.

De modo que dependiendo de qué lado nos coloquemos, resulta perfectamente posible hablar de fuerzas progresistas y de fuerzas conservadoras. Por supuesto que sí podemos hablar de fuerzas avanzadas y de fuerzas reaccionarias en nuestro país. Tenemos parámetros humanos, sociales, históricos, para medir de alguna manera si las fuerzas y los partidos que están en el escenario político actual, cumplen una función progresiva o una función retardataria.

Ahora bien, como decíamos anteriormente, los partidos políticos cumplen determinados pa-

peles, distintos según el momento histórico en que les toque actuar y en dependencia del equilibrio interno de las fuerzas y clases sociales que los conforman. En Costa Rica, el régimen de partidos no significó históricamente la vigencia de enfrentamientos políticos originados en diferentes concepciones de clase, como no fuera episódicamente. Entre los casos más notables cabe señalarse el Partido de don Félix Arcadio Montero, del Partido Socialista fundado por don Vicente Sáenz Rojas, del Partido Reformista del Padre Volio y el Partido del Dr. Francisco Vargas Vargas. Todos ellos enarbolaron concepciones populares y plantearon otro tipo de enfrentamiento político, inusual hasta entonces, fundado en criterios ideológicos y concepciones programáticas. La ruptura permanente a esa regla, la constituyó la fundación del Partido Comunista en 1931. Sin embargo, no se reseña históricamente la emergencia de ningún movimiento popular, autónomo, capaz de disputarle la hegemonía política sobre el Estado, a los partidos oligárquicos. Esta regla también fue rota en los años 40. Gracias a una política de alianzas que llevaba implícita una gran sabiduría política, el Partido Comunista conducido por don Manuel Mora Valverde, fue el factor activo en los resultados sociales e institucionales que arrojó su alianza con el partido de gobierno, el Partido Republicano del Dr. Calderón Guardia y el apoyo recibido por el programa que juntos enarbolaron, de parte de la Iglesia Católica conducida por Monseñor Sanabria.

Lo que hasta hoy se ha mantenido relativamente a oscuras en la literatura de la izquierda, es el análisis autocrítico de los errores cometidos durante esos años, en relación con los fraudes electorales, con la violación de los derechos y las garantías ciudadanas y sobre todo, con las consecuencias de la ilegalización de las elecciones de 1948. Esta autocrítica ausente, sigue pesando sobre los comunistas y en cierta medida sobre toda la izquierda. Resulta paradójico que mientras se aplaude un proceso tan lejano como la Perestroika, no se tenga presente que aquí en Costa Rica, existen fundadas razones para saldar cuentas con un pasado impregnado de dogmatismo, de sectarismo y de lamentable desprecio por valores históricos profundamente arraigados en la conciencia de los costarricenses.

Con todo, consideramos que los años 40 fueron para Costa Rica la década más fructífera del siglo XX. Entre 1942 y 1949, se realizaron las más importantes transformaciones sociales de la historia moderna de nuestro país. Sin dejar de valorar transformaciones tan importantes como fueron la codificación y la elaboración jurídica que viene desde Braulio Carrillo, o algunas de las propuestas y de las leyes liberales, como fueron la enseñanza universal, gratuita y obligatoria; o la abolición de la pena de muerte, etc., es la década de los 40 cuando se crean las bases de una democracia social más avanzada y de una democracia liberal más moderna. Durante esos años son creados como todos sabemos, el Código de Trabajo, las Garantías Sociales, la Caja del Seguro Social, y las grandes transformaciones institucionales aportadas por el movimiento de José Figueres y que se plasman en la Constitución del año 49: la proscripción del ejército, las leyes electorales, la nacionalización bancaria, el impuesto al capital, el voto de la mujer; todas ellas son transformaciones inéditas en la historia de Costa Rica y que se condensan en 10 años de intensa actividad y lucha social.

De entonces hasta hoy, se dan algunas evidencias de propuestas avanzadas en beneficio de las grandes mayorías de nuestro país, sin embargo, la nota fundamental ha sido una paulatina erosión de las transformaciones sociales logradas por Costa Rica durante los años 40. Lejos de ser profundizadas, fortalecidas o ampliadas, las bases mismas de las reformas fueron paulatinamente cercena-

das. La nacionalización bancaria prácticamente ha desaparecido; al Código de Trabajo se le ha mutilado en los tribunales el derecho colectivo, la libertad sindical, el derecho de huelga y las convenciones colectivas y se le han agregado por la vía penal, fórmulas brutales y represivas como los artículos 333 y 334 del Código Penal. De igual modo, las leyes electorales se invalidan frente al pago adelantado de la deuda política, que eterniza el monopolio de dos cofradías políticas. Los partidos que las originaron o que les dieron un impulso decisivo, Liberación Nacional y las fuerzas calderonistas, se convirtieron paulatinamente en meras herramientas electorales, en verdaderas federaciones de intereses, donde ya no importa el resultado de las propuestas hechas durante las campañas electorales, sino el reparto de una determinada cantidad de prebendas, de ventajitas o de privilegios, distribuidos entre los sectores que jefean los grandes partidos desde las alturas.

A pesar de la convergencia creciente y de una tendencia cada vez más acusada a la identidad conceptual frente a los asuntos cardinales de la sociedad y del Estado, se pueden señalar diferencias importantes entre las dos agrupaciones que hoy ocupan la casi totalidad del espacio político nacional. Liberación Nacional ha tenido la destreza como instrumento político, de repartir de una manera mucho más inteligente, mucho más abierta, las prebendas derivadas del poder político. Liberación ha creado una estructura de participación interna, más permeable, más democrática si se quiere, que el Partido Unidad. Este, por su parte, fue casi siempre y paradójicamente, pues proviene del viejo tronco calderonista, popular y reformador, un rápido y emergente trampolín de los factores oligárquicos. Desaparecido el Doctor, su caudal político sirvió invariablemente para resolverle a la oligarquía cafetalera y a los grupos más conservadores, la necesidad de un instrumento electoral útil para su enfrentamiento con Liberación Nacional.

Sin embargo, y a pesar de esas diferencias, lo que se consolida en la política costarricense a partir de las elecciones de 1953, es lo que denominamos "el bipartidismo". Poco a poco, este sistema partidario y electoral bipartidista, da origen a un elemento político e institucional que constituye la otra cara de la moneda: "el cogobierno".

Así, durante las últimas décadas, estas dos fuerzas políticas han cogobernado al país; se han puesto de acuerdo en un determinado marco de intereses; en mantener la estabilidad y el equilibrio del sistema y en someter a consulta y a pactos periódicos los asuntos más sensibles de la economía y del Estado. Entre los dos se han propuesto silenciar el reparto que cada uno de ellos hace en beneficio de los sectores sociales privilegiados que representan y las ventajas acumuladas por sus dirigentes más notables.

Les voy a poner algunos ejemplos: todo el proceso de endeudamiento de nuestro país, desde el año 1974 al año 1984 o hasta nuestros días, fue un acto de complacencia mutua. Los dos partidos estuvieron de acuerdo en votar todos los empréstitos y en suscribir toda la política de endeudamiento externo. No hubo nunca una voz discrepante, ni surgió nada parecido a una oposición política verdadera en el seno de la Asamblea Legislativa.

Ambos partidos son por estas mismas razones, en gran medida responsables de la crisis económica actual y del deterioro de la moralidad pública, de la corrupción y del narcotráfico.



Incluso en un momento, durante la administración de don Daniel Oduber, llegaron al extremo de pactar el reparto de los puestos en las juntas directivas de las instituciones autónomas. Con este instrumento en sus manos, no solo discutían lo concerniente a cuotas de poder institucional, sino que se garantizaban un determinado equilibrio en el enorme poder político derivado del manejo de las instituciones desde los asientos de sus juntas directivas.

Con esto no estoy haciendo cargos personales; simplemente estoy señalando un hecho, un dato, en el que se manifiesta con claridad meridiana, todo este proceso paralelo al bipartidismo y que denominamos cogobierno.

En todo lo decisivo, en la política económica, en lo referente a la política agraria, en la política salarial, en el endeudamiento externo, en la política crediticia, en la política institucional, etc., con algunas pequeñas diferencias, ha habido un marco de entendimiento fundamental. También en la Asamblea Legislativa, donde supuestamente deben expresarse con mayor beligerancia las diferencias, donde se ejercita la oposición y se debate arduosamente, la pauta ha sido el entendimiento y la conciliación, por no hablar de contubernio, de pactos secretos o de simple reparto de cuotas de poder. Así pues, la ausencia de oposición política en el país es el resultado del cogobierno, de la carencia real de discrepancias o dicho de otra manera, de la presencia real de identidades a propósito de la gestión del Estado y sus consecuencias.

Liberación y la Unidad comparten idénticas proposiciones con respecto del Fondo Monetario Internacional, de la política social, de la autoridad presupuestaria, de las severas condiciones de los programas de ajuste del Banco Mundial, que son programas que tienen que ser aprobados por ley y que determinan toda la política de rigidez económica que soportan los sectores asalariados y en general los sectores populares de nuestro país. Podríamos seguir citando ejemplos concretos de la existencia y de las revelaciones concretas del bipartidismo y del cogobierno, que prevalecen en Costa Rica, como resultado de la actividad política de los años posteriores a la Guerra Civil.

Es evidente entonces, que nos encontramos en Costa Rica ante la franca bancarrota histórica de esas fuerzas. Y hablamos de bancarrota histórica, porque no se puede hablar aún de una bancarrota práctica. Los dos grandes partidos mantienen toda su vigencia, su poder de convocatoria y su carácter de únicas alternativas reales de Gobierno. Pero lo cierto es que como fuerzas capaces de proponerle nuevos rumbos a la nación, han caducado, han fenecido como factores de interpretación y de transformación de la realidad contemporánea de nuestro país.

Pero debemos insistir en el hecho práctico de que tanto Liberación como la Unidad, siguen teniendo un gran vigor electoral. Entre ambos partidos se reparten el 95 o/o del electorado nacional y se trata de un hecho que nadie puede negar. Debemos insistir en él, también por razones prácticas. Mientras los intelectuales o la izquierda continuemos hablando de la caducidad histórica de esos grandes partidos y nos demos por satisfechos con la robustez del análisis que lo demuestra, no estaremos dando un solo paso, ni aún pequeño, para derrotarlos prácticamente y convertir esa caducidad histórica en una ruptura real.

Algunos, desgraciadamente no pocos, siguen proyectando sus esperanzas de cambios estructu-

rales, en los movimientos gremiales, sindicales, comunales, agraristas o de protesta social por el deterioro del costo de la vida. Nosotros pensamos que los movimientos gremiales, que los movimientos campesinos, que las movilizaciones sindicales, justos como son, no anuncian o mejor dicho, no incuban una transformación social mientras no sean creadas premisas sociales de otro tipo, que obedecen a leyes y a dinámicas sociales diferentes de las que provoca el movimiento económico espontáneo. Lo cierto es que para darle a estas luchas un carácter transformador, para que la irrupción espontánea del movimiento económico de los sindicatos, de los gremios, de los estudiantes, de los intelectuales, de los campesinos, se convierta en un factor de cambios sociales, de verdaderos cambios estructurales, es necesario construir las herramientas políticas capaces de proponerse la ruptura del bipartidismo. Si esas herramientas políticas no se construyen, la gente seguirá votando por Liberación y la Unidad. Seguirán votando por esos partidos, aunque unos pocos días antes de las elecciones, la policía golpee sin misericordia a los campesinos que demandan créditos, tierra o precios justos para sus cosechas; aunque le tiren gases lacrimógenos a los estudiantes o aunque se le preste oídos sordos a las demandas de los maestros o de los empleados públicos.

No existe ninguna demostración en la historia contemporánea, en que los acontecimientos sociales espontáneos, aquellos que se levantan para exigir reivindicaciones económicas, se conviertan por sí solos en un movimiento político. Porque los movimientos políticos sólo se pueden levantar a través de herramientas políticas, de instrumentos políticos, de movimientos que conviertan la lucha por el estómago en una lucha de la cabeza, es decir, de la conciencia; que conviertan la lucha por el pan en una lucha por el poder.

Desde luego que esos cambios sociales estructurales, esas transformaciones tienen que ser propuestas dentro de las condiciones específicas de nuestro país. En realidad no solo los grandes cambios históricos, anunciadores de una democracia más avanzada y plena en Costa Rica, sino también las luchas sociales cotidianas y las demandas económicas, deben estar, por la forma, por los métodos y por el fondo, inscritas en las características concretas de Costa Rica. Porque las demandas más universales, los principios o los derechos más urgentes que se plantean a nivel de los foros internacionales, no se convierten en una demanda política o social relevante y concreta, sin un proceso de adaptación, de adecuación a las condiciones particulares de cada país.

Esta ha sido quizás, una de las razones más importantes del aislamiento de la izquierda costarricense en los últimos años. Lamentablemente, algunos de sus miembros siguen defendiendo empecinadamente la tesis del reducto combatiente, de la trinchera, del santuario que guarda las verdades absolutas y eternas o las fórmulas secretas de la revolución costarricense.

Creo sin embargo, y es un hecho que se puede demostrar, que uno de los elementos más importantes en el aislamiento de la izquierda, se encuentra en su propio comportamiento. Los arraigados prejuicios contra la izquierda y sus organizaciones no son únicamente el resultado de la actividad de las fuerzas ultraconservadoras o de la penetrante propaganda que contra las ideas socialistas, realizan diariamente los órganos de difusión y educación, incluidos la escuela y el púlpito. La izquierda con su mensaje y con los temas que maneja y del modo cómo los maneja, ha reforzado entre el gran público, la idea de que las acusaciones lanzadas contra ella son verdad. Con nuestra forma de actuar y de decir, hemos confirmado a los ojos del pueblo que no respetamos sus arraigados sentimientos

de democracia, de pluralidad política, de tolerancia o de libertad ciudadana. Con la imagen pública de un partido recluido dentro de moldes ideológicos y organizativos rígidos, donde solo los iniciados pueden entrar, donde la organización es presentada como el brazo de un cuerpo planetario, movido o agitado por fuerzas ajenas a Costa Rica, es difícil, a pesar de todas las declaraciones y promesas, que se rompa el escudo de desconfianza con que la gran mayoría de los ciudadanos miran a la izquierda.

No es lo mismo aceptar que en nuestro país la democracia ha sufrido una severa erosión como resultado del bipartidismo y el cogobierno, de la corrupción y los millones derivados de la deuda política, que concluir con su negación o su rechazo. "Cuando oigo hablar de democracia en Costa Rica, me hierve la sangre", decía en un foro el Dr. Rodrigo Gutiérrez. Esta nos parece una manera por el fondo y por la forma, totalmente inadecuada de plantear el problema y reincide en el viejo error de la izquierda que hemos mencionado. Porque no es lo mismo la "democracia costarricense" como forma de Estado, que la "democracia costarricense" como la entiende nuestro pueblo; ni es lo mismo la "democracia costarricense" como sea que se la entienda, que los tingladosseudodemocráticos que las fuerzas antilatinoamericanas exhiben en El Salvador o en Honduras. Con todas sus limitaciones, el pueblo costarricense no lucha en condiciones de represión brutal, donde mueren por decenas los jóvenes, los intelectuales, los dirigentes sindicales y populares. En Costa Rica no mueren en las cárceles porque aspiren a que su voluntad sea respetada en unas urnas electorales. De modo que este marco de libertades públicas tiene que ser conservado, defendido y, desde luego, ampliado.

De modo que si las fuerzas transformadoras, y no me refiero solamente a la izquierda, porque ese es otro de los errores en que muy frecuentemente se incurre, quieren tener un espacio político en nuestro país, deben garantizar que ese marco de libertad política se preserve, se fortalezca y se ensanche. Cualquier proyecto transformador debe garantizar plenamente que sus triunfos electorales no traerán consigo la desaparición del resto de las fuerzas políticas o de los partidos políticos o de los espacios necesarios para que todas las corrientes ideológicas, políticas o filosóficas, se expresen libremente.

Quienes propugnamos la transformación social y económica de Costa Rica y la profundización de su democracia, debemos declarar y demostrar que nuestras propuestas no están vinculadas al monopartidismo, ni están vinculadas a una serie de esquemas que desgraciadamente la prensa con una gran inteligencia, sabe proyectar sobre la conciencia de los ciudadanos.

Por otro lado, un proyecto transformador debe manifestar su carácter auténticamente nacional, que responde en primer lugar, y por encima de todo, a los intereses del país.

Pero hay un requisito más, quizás el más importante de todos. Es que una propuesta alternativa al bipartidismo en Costa Rica, una propuesta que rompa la actual estructura de partidos, no puede ser una propuesta de izquierda. Esto lo afirmamos desde el lugar que hemos ocupado durante muchos años, en el seno del movimiento revolucionario de Costa Rica y sin dejar de lado nuestras convicciones democráticas y socialistas. Un nuevo movimiento transformador y alternativo en Costa Rica, no puede ser construido como una nueva opción de izquierda, por remozada y flexible que se presente, porque las fuerzas transformadoras, las fuerzas que tienen voluntad de cambio en Costa

Rica, no están sólo en la izquierda, o en sus agrupaciones, o en el espacio político que lleva ese nombre. Hay miles de costarricenses que están en Liberación Nacional y en la Unidad ó que son independientes, pero que enfrentados a un programa de transformaciones sociales, estarían dispuestos a suscribirlo, a apoyarlo, a luchar por él; pero eso sí, siempre y cuando no les cuelguen gratuitamente un rotulito que diga izquierdista, marxista, socialista, comunista o revolucionario.

Las fuerzas transformadoras y patrióticas en nuestro país, provienen de tres vertientes históricas. Ellas son, la vertiente del cristianismo social, que viene desde Llorente y la Fuente, quien bendice las armas de los campesinos que van a combatir a William Walker, pasando por Monseñor Thiel y hasta Monseñor Sanabria y el gobierno de Calderón Guardia. Cuando hablo de cristianismo social, no hablo de la caricatura que nos presentan ahora los dirigentes del PUSC, en un recocado abigarrado con el neoliberalismo. La otra corriente está constituida por la llamada socialdemocracia, aunque quizás no sea la denominación más correcta para definir la corriente social modernizante del Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales, de Rodrigo Facio, Carlos Monge, Isaac Felipe Azofeifa; de José Figueres o del propio Partido Liberación Nacional. Lo cierto es que esta corriente histórica crea toda una transformación institucional, provoca la modernización del Estado costarricense y echa las premisas del Estado moderno y de toda la vida política actual del país. Finalmente podemos hablar con propiedad de la vertiente socialista, constituida a su vez por muchas corrientes, pero que posee el común denominador de una preocupación cardinal por los cambios y las transformaciones en el mundo del trabajo y en las estructuras sociales.

No es por supuesto nuestra intención reseñar aquí a todos los hombres y movimientos que han nutrido las fuerzas socialistas. Pero es importante recordar a uno de sus grandes precursores, don Félix Arcadio Montero, así como a hombres de la talla de don Vicente Sáenz Rojas, Moreno Cañas, Jorge Volio, Carmen Lyra, Manuel Mora Valverde y Francisco Vargas Vargas.

Esas tres vertientes, profundamente enraizadas en la historia de nuestro país, son fuerzas transformadoras. Ninguna de ellas por sí sola podría proponerse la ruptura del bipartidismo y mucho menos una transformación integral y democrática de la sociedad costarricense.

Es así como vemos nosotros la función de los partidos en términos de nuestra democracia. ¿Cuál es entonces la tarea actual? Esta es sin duda la gran pregunta, porque ni siquiera se trata únicamente de elaborar propuestas, sino de responder de manera práctica, al cómo hacer las cosas, cómo enfrentar al bipartidismo, cómo construir un gran movimiento social transformador, en fin, cómo cambiar la realidad de nuestro país en beneficio de la democracia y del pueblo. Porque los dos partidos existentes son una fuerza contra la democracia, una fuerza que conspira contra los fundamentos históricos de la nación costarricense; con fuerzas básicamente retardatarias. Por eso lamento la ausencia en este foro, al que fue invitado, don Daniel Oduber. Porque habría sido interesante conocer sus criterios sobre los problemas agrarios, sobre las tasas de interés y los créditos al sector productivo, sobre el mantenimiento o la desaparición de la banca nacionalizada. Porque sobre todos estos asuntos su partido y su gobierno están tomando decisiones que algunos consideramos muy negativas. En estos días precisamente, el Partido Liberación Nacional terminará de liquidar todo el sistema de banca nacionalizada, votando mañana o pasado mañana, el nuevo proyecto de modernización bancaria, enviado por don Oscar Arias a la Asamblea Legislativa.

Nuestro pueblo, nuestra juventud requiere una propuesta nueva; una alternativa que sume en función de un proyecto progresista, avanzado y transformador, a esas tres vertientes que históricamente se han encargado de darle a Costa Rica, su fisonomía de pueblo civilista y democrático.